

cosa que comprometiese á don Carlos, y puse en su lugar *diamantes de América*. Cámbiese el *América* por el *don Carlos*, y se verá cuán claro es el billete.

*Fiscal.* ¿Por qué decía usted *explicar al rey*?

*Acusado.* Porque había de darle cuenta de todos los diamantes vendidos.

*Fiscal.* Aseguró usted que su esposa recibió los billetes de don Carlos, ordenándole la venta; y que si no ha presentado el sobre, es porque su esposa recibió las cartas desde Londres en nombre de ella, con un contrasobre dentro para usted.

*Acusado.* Seguramente. Toda mi correspondencia se recibía del mismo modo.

*Fiscal.* Pues en un interrogatorio dijo usted que recibió los billetes con el sobre de Londres.

*Acusado.* Jamás.

*Fiscal.* Pido que se lea.

Dáse lectura de la respuesta.

*Fiscal.* Hélo aquí.

*Acusado.* No, señor. Este sobre no habla de Londres, porque era el sobre con que mi esposa me envió el sobre interior de don Carlos que contenía los billetes.

*Fiscal.* Para mí, no.

*Acusado.* Para mí, sí.

*Fiscal.* ¿Reconoce usted haber escrito á Retamero que ocultase las señas de su habitación de casa del marqués de Alex?

*Acusado.* Seguramente.

*Fiscal.* ¿Luego se escondía usted?

*Acusado.* De los carlistas. Pero no de las autoridades, ni de los franceses.

*Fiscal.* ¿Por qué habiéndonos dicho que recibía su correspondencia por medio de su esposa, resulta luego que se hace usted dirigir correspondencia á Tours donde usted dice á Retamero que haga correr la voz de que no estaba allí?

*Acusado.* Porque como ya se sabía que yo había sido expulsado de Bayona, todos los carlistas preguntaban dónde estaba, muchos para verme ó escribirme, y convenía darles una dirección é impedir que me viesen á mí, en cumplimiento del pacto hecho con el subprefecto de Bayona, quien me prometió llevarme el destierro si no veía á carlistas.

*Fiscal.* No lo comprendo.

*Acusado.* Pues lo siento mucho.

*Fiscal.* ¿Recibió usted dinero del marqués de Alex?

*Acusado.* Sí; diversas cantidades; sobre unos 15,000 francos, y de una sola vez unos 7,000.

*Fiscal.* ¿En qué los empleó?

*Acusado.* En mis necesidades y las del partido.

*Fiscal.* Si había dado usted la dirección de Tours para las cartas de los carlistas, ¿cómo don Carlos que era el jefe de estos, no le envió á usted los billetes por Tours?

*Acusado.* Porque yo le había prevenido que, á pesar de haber tomado esta precaución, él me continuase escribiendo á Bayona, que era conducto de más confianza, para lo que debíamos tratar.

El presidente toma la palabra.

—¿Firmaba usted con su nombre, dice, las cartas dirigidas á Retamero?

*Acusado.* Creo que sí; me parece que ponía uno de mis nombres ó todos.

*Presidente.* ¿Envió usted algun telegrama con la firma de *Matute*?

*Acusado.* Envié algunas veces á telegrafiar de mi parte á un sacerdote llamado *Matute*, pero ignoro si alguna vez tomé su nombre pues no lo recuerdo.

El señor Brasca se levantó, y después de un gran exordio, donde se lamentaba de que Boet aplazase varias respuestas, le preguntó por las negociaciones del café Riché, y si de las tarjetas que él y don Carlos escribieron con las señas convencionales para recordar estas señas, conserva la que le tocó á él.

Boet contestó que lo primero lo detallará cuando Carlos de Borbon esté presente, y á lo segundo dijo que entregó su tarjeta al juez de Roma, y debe hallarse en los Autos. Pero como se buscaba sin hallarse, añade:

—Estoy seguro de haberla entregado. Pero si no está, poco me importa.

—¿Quién escribió esta tarjeta? dijo Brasca.

—El día que don Carlos venga aquí, se lo diré á él; y si definitivamente no viene, entonces se lo contaré al Jurado.

## XX.

La primera parte de la sesión del 1.º de Julio, se empleó en leer el dictamen de los peritos sobre las

contraseñas y en un incidente muy fuerte donde don Carlos quedó bastante mal.

El dictamen de los peritos es abrumador para el marido de *doña Margarita*, porque no sólo, fundándose en sólidas razones de ciencia caligráfica, opina que las contraseñas *tenas sin capucha y todos en Madrid* no pueden haber sido falsificadas y son propiamente de Carlos de Borbon, sino que los dos billetes *tenas y sin capucha* fueron escritos á un tiempo, y los otros dos *todos en Madrid* también á la vez; que entre los dos primeros y los dos segundos median pocos días, y datan de una época general de cierto número de meses, que convienen con la que Boet había declarado. Esta lectura produjo gran efecto, por derribar de un golpe toda la explicación *legitimista*, pero no *legítima*, como decía Ronchetti, que los abogados de Carlos de Borbon y este mismo daban de aquellas palabras, asegurando, que eran recortes de palabras escritas en cartas y papeles de don Carlos, y que el *tenas* (que está escrito del mismo modo) era un recorte de *Atenas*, nombre puesto en una carta que el marido de *doña Margarita* escribió cuando estuvo en Atenas con Boet.

En efecto, el viaje á Atenas del Pretendiente es anterior de un año á la fecha en que según los facultativos se escribió el *tenas*.

Terminada la lectura, el señor Paribelli tomó la palabra, haciendo saber á las partes que estando ya terminada la lectura de lo que se había pedido, le parecía conveniente proceder á la de varias cartas y telegramas de Boet, y que por la tarde se podría tomar declaración á algunos testigos.

Y como, añadió, Retamero manifestó ayer que hacía falta en casa de su principal, el farmacéutico de Tours, soy de parecer que venga esta tarde, á fin de despacharle; y no habiéndole avisado antes, ruego á los que sepan su paradero, como también el de Mr. Viollet, su patron, que con Retamero se presentó ayer, que le digan que hoy se les podrá interrogar, y que se les haga llegar de uno ú otro modo la noticia, aunque sea por conducto particular.

El abogado Campi se levanta, y con su risueña y mal intencionada faz, dice:

No podemos acceder á lo que V. E. propone. Nosotros lo combatiremos con todas nuestras fuerzas,

TOMO II.

por improcedente. Lo que debe hacerse es leer los documentos á medida que se presenten los testigos que están en relación con dichos papeles, y empezar por el primer testigo, por el primer citado, por don Carlos de Borbon.

El Presidente exclamó:

—Ya. Pero como Retamero lleva prisa, deseo despacharle para que se vuelva á Tours.

—Jamás consentiré la defensa, exclama Ronchetti, que la presidencia despida á ningún testigo y lo deje regresar al sitio de su procedencia hasta que se hayan recibido todos los testimonios.

—¡Ah! bueno, bueno, contestó el señor Paribelli.

Dugnani dijo.

—Téngase entendido, que yo en esta causa no represento á don Carlos de Borbon, no; no le represento, yo represento los intereses pecuniarios de dicho príncipe, que el señor Boet comprometió.

—Sébase bien esto, exclama Dugnani. No represento al hombre, sino los perjuicios del hombre. Ahora bien; no veo la necesidad de que haya de empezarse por don Carlos, ya que no está en Milan. Yo no sé si vendrá, ó dejará de comparecer. Poco me importa. El es más libre que los demás testigos, porque don Carlos es un querellante, que ya está representado.

El fiscal tomó la palabra.

—Me parece bien, dijo, que se lean los documentos á medida que se presenten los testigos á que se refieren. Pero no puedo considerar, como la parte civil, que don Carlos sea ó no libre de comparecer. Es libre legalmente, porque residiendo en el extranjero, no le podemos obligar por la fuerza. Pero moralmente no, porque es un testigo de esclarecimientos, que el Público Ministerio ha hecho citar á fin de que explicase muchos hechos importantes. Ignoro si comparecerá ó no. Debía estar aquí el 25 del pasado. No ha venido. Bien. Esperemos. Quizá venga. Entre tanto soy de parecer que haciendo una excepción, no se dé cuenta de sus declaraciones hasta que veamos si viene ó no; y si al llegar á cierto punto de los debates, no ha comparecido, entonces podrá darse lectura de lo que haya declarado.

Campi volvió á levantarse.

—De ningún modo estamos conformes, exclamó,

porque no sólo se tergiversa todo, todo el curso natural del proceso, sino que se nos espone á una sorpresa que no creo de buena ley. ¿Quién sabe lo que se proponen nuestros adversarios, no compareciendo don Carlos, y dejando de darnos cuenta de si vendrá ó no? Nosotros no sabemos si lo tienen preparado, para echárnoslo encima á última hora despues de haber beneficiado todas las declaraciones que se hayan hecho; y ya se comprende que la defensa debe prever este caso. Aquí hay un misterio, aquí hay algo inexplicable. ¿Por qué no viene ese hombre? ¿qué tiene para no comparecer?... Sea lo que fuere, es necesario salir de dudas, y acabar de una vez. Procédase por el orden natural; y ya que don Carlos es el denunciador y querellante, sea el primer interrogado; y si no está léanse sus declaraciones, sin perjuicio de tomarle declaración despues, si se presenta.

Dugnani replicó:

—Nosotros no podemos asegurar ahora si don Carlos comparecerá ó no. Pero sí podemos decir que no comparecerá á última hora, como se insinúa; y que dentro de dos ó tres dias sabremos definitivamente si viene, y lo manifestaremos al Tribunal.

—¿Qué es esto, señores? exclamó Ronchetti. ¿Dónde estamos para usar tal lenguaje? No parece sino que porque de una parte está un plebeyo, como el señor Boet, y de otra un príncipe como don Carlos, aquí debe haber dos pesos y dos medidas, y que se nos está diciendo: vosotros, los defensores de un plebeyo pasareis por el rasero comun; pero nosotros, los defensores de un duque de Madrid, de un príncipe, de un don Carlos, tendremos un privilegio. Aquí no hay privilegios, aquí no hay duques, ni príncipes, ni don Carlos, sino un denunciador, que no comparece á sostener su denuncia, á pesar de las provocaciones que desde el banco de los acusados le ha dirigido el acusado; y si este denunciador, faltando á todo lo que debe como á tal, rehuye la prueba de afirmar por sí mismo y en público cuanto sostiene por conducto de sus representantes, aplíquesele la ley como á los demás. Acuértese el Tribunal de lo que dijo un dia un magistrado francés: nosotros damos sentencias, no prestamos servicios.

—Bien dicho, exclama una voz.

—Que se busque al interruptor, y se le eche,

gritó el Presidente. No quiero interrupciones de ningún género.

Despues de algunas réplicas mas, el señor Paribelli declaró que siendo él quien debe dirigir la discusión, seguirá el orden que le parezca bueno, y que todo lo dicho es pura palabrería.

—No estamos conformes, exclamó Ronchetti, y en virtud de esto, formulamos un incidente.

—Enhorabuena, replicó Paribelli.

Los abogados de Boet presentan una proposición, que la sección de Derecho rechaza, en vista de haber concedido la ley facultades al Presidente para dirigir.

—Nos apelamos á la superioridad, exclama Campi, y pedimos que se consigne en el acta de hoy.

Entonces se vuelve á los representantes, y el Fiscal y Dugnani dirigen algunas palabras á Boet, quien unas veces contesta, y otras dice que lo hará cuando tenga delante tal ó cual testigo.

—¿Se podrá saber, dice Brasca una vez, qué testigo es el que usted acaba de mentar?

Boet responde:

—Todo el interés que usted tiene en saberlo, yo lo tengo en callarlo. Lo sabrá usted cuando venga el testigo.

—Pido que se inserte en el acta, dice el Fiscal.

—Y yo tambien ruego que si alguna vez me olvidado de alguno de esos puntos, que me reservo, lo cual no creo, se me haga presente.

El señor Brasca dijo que valiendo el Toison 44,000 francos es imposible aceptar las explicaciones de Boet de que don Carlos lo vendió para pagar sus deudas, pues segun asegura, estas ascienden á más de 300,000 francos. Campi le interrumpió riendo:

—Señor Brasca, dijo, ya predicará usted á su tiempo. Un poco de paciencia.

Muchas risas acogieron estas palabras; el señor Presidente dijo:

—La argumentación del señor Brasca es ahora inoportuna.

El Fiscal hizo diversas preguntas á Boet sobre cosas que ya habia declarado y que le fueron preguntadas, y él contestó, recordándolo, y diciendo que está dispuesto á repetir lo cuantas veces quieran. El público murmura que el objeto de esta táctica es cansarlo física y moralmente, para cogerlo en un

momento de abatimiento, confundirlo y aterrarlo. Pero Boet no sólo responde bien y serenamente, sino que varias veces toma la ofensiva.

—¿Por qué, exclamó una vez el Fiscal, en el billete que escribió usted á su esposa, llamó á los diamantes *diamantes de América* en vez de *diamantes del Toison*?

Boet contestó:

—Por lo que ya dije ayer, y anteayer y el dia antes; y porque llamando don Carlos al Toison el *As de oros*, no quería que mi esposa aprendiese la erudición de un hombre tan ordinario como aquel.

Dugnani le preguntó:

—¿Cuántas deudas tenia usted?

—Muchas, contesta, porque como don Carlos no me pagaba, debía vivir á crédito.

—Sin embargo, observó Dugnani, confiesa usted que recibió préstamos de Alex y 300 francos del infante don Alfonso de Este, que no sabemos en qué los empleó.

—Me parecía haberlo dicho ya, replica el acusado; pero lo repetiré dando algunos detalles más que sin duda serán agradables á los defensores de don Carlos. Había millares de carlistas emigrados que se morían de hambre, y urgía socorrerlos. Pues bien: yo les distribuí las sumas de que se habla. Antes se habia hecho un fondo independiente con este objeto. Pero ya se habia agotado. Este fondo se alimentaba del modo siguiente: Don Carlos hizo una gran emisión de títulos de conde, de baron, duque y marqués, los cuales se vendían á 20, 25 y 30 francos por título; colocáronse algunos; pero cayeron en tal descrédito, que al fin no se lograba vender uno solo ni ofreciéndolo por dos pesetas.

El público prorumpió en una hilaridad general.

Dióse lectura de las órdenes dadas á la gendarmería francesa para arrestar al señor Boet en los últimos dias que estuvo en Francia, y el Presidente le preguntó si tenia que decir algo sobre este punto.

—¿Qué he de decir? exclamó Boet. Que esto no es más que una consecuencia de cuanto he explicado, y que prueba que no solo don Carlos no me habia rodeado de una policía especial, puesto que no sabia entonces donde estaba, sino que habiéndome buscado en vano la gendarmería francesa, yo hubiera

podido irme donde hubiese querido, sin peligro de que me cogiesen; y así como me vine á Italia para entregarme á las autoridades judiciales de esta nación, así hubiera podido irme á América, lo cual demuestra mi inocencia.

—¿Así, pues, confiesa usted que se escondió? dice el fiscal.

—No he ocultado nunca, replica Boet, que entonces me escondí, sin dar á nadie las señas de mi domicilio.

—Que diga, observó Brasca, bajo qué auspicios se presentó á la policía italiana.

Boet dijo:

—Bajo los más francos del mundo. Como debe hacer todo súbdito español; al llegar á Roma me presenté á las autoridades españolas, es decir, á la embajada, y manifesté que venia á Italia para denunciar el robo fingido del Toison, y ponerme á disposición de los jueces italianos. Estos me llamaron, y yo comparecí.

## XXI.

Al empezar la sesión del 2 de Julio, se observó que tambien faltaba el abogado francés. Empieza la audiencia de testigos, y por cierto que fué de gran interés. Había un gentío considerable, y la gran tribuna de la prensa estaba llene. Llama el Presidente á Carlos de Borbon, quien no comparece. La gente se sonríe. Se llama despues á Lorenzo Arbula, que comparece. Es un vasco fornido, moreno y tonto, que va vestido de caballero; y como declara que apenas balbucea el español, se le despide hasta la una, para llamar á un intérprete vasco.

Entra Suelves, que se da el título de vizconde de Montserrat; dijo ser de Tortosa, habitar en París y ser ayudante de don Carlos; manifiesta que declarará en francés, como así lo hizo. En seguida empieza una relación que confirma punto por punto la del Pretendiente.

La relación de este testigo tiene todo el carácter de una cosa escrita y aprendida de memoria, la recitaba con violentado acento, que acababa de caracterizarla. El rostro del testigo, que es antipático, hacia más sospechosos cuanto iba dicién-

do. Boet le escuchaba con la mayor tranquilidad, mirándole del modo más despreciativo, y á veces sonriéndose espontáneamente.

*Suelves.* Yo acompañé á S. M. Carlos VII en el viaje que hizo á la guerra de Oriente. Eramos cuatro. S. M., yo, Lorenzo y el señor Boet. En Diciembre de 1877 salimos de Viena con direccion á Italia para regresar á París. S. M. había recibido en Viena el Toison de oro, de cuya custodia estaba encargado Lorenzo. Pasamos por Venecia y llegamos á Milan. Un día almorcé con S. M., con el conde Galvani y Boet. Al levantarnos de la mesa, S. M. se quedó con el señor Galvani, Boet se fué á su cuarto y yo salí á dar un paseo. Hallándome en la Galería de Victor Manuel ví entrar á S. M. con el rostro demudado y agitado. Llegueme á él en seguida, y apenas me vió cerca me dijo:

—¿No sabes lo que pasa? Me han robado el Toison.

Quedé estupefacto, y pregunté cómo podía ser eso. S. M. me contestó que le acompañase, porque iba á dar parte del delito y por el camino me explicaría como se había averiguado. Obedecile; y entonces me refirió que, queriendo enseñar la joya á Galvani, la había pedido á Lorenzo, y que éste había hallado el estuche vacío. S. M. llegó á la prefectura de policía, y allí dió parte del suceso, lo cual hago notar para que se sepa que fué él mismo quien dió parte del robo. Reunímonos despues y fuimos por la ciudad haciendo toda clase de conjeturas sobre quien habría sido el autor de aquel delito. Pero ni S. M. ni yo caíamos en la cuenta por la gran confianza que nos inspiraba Boet.

Por la noche volví á ver á S. M. á la hora de la comida. Boet estaba presente. Como es natural, no se habló de otra cosa que del robo. S. M. estaba muy apesadumbrado. Por el contrario, Boet se mostraba muy locuaz, y no hacia sino animar al príncipe, explicándole á su modo el suceso y consolándole de la pérdida.

—No es extraño, decía, que se haya hecho ese robo, porque en Italia el robar es la cosa mas comun. Aquí todos son ladrones.

Boet se vuelve hácia Suelves, le mira de piés á cabeza y se sonrie con ironía.

*Suelves.* Como Boet viese que esto no consolaba á S. M., le decía tambien:

—Este robo es una ganga para V. M., pues verá V. M. como mañana todos los periódicos del mundo hablan de él, á propósito de este robo, lo cual popularizará mas á V. M.

Boet vuelve á mirar á Suelves, se sonrie y se encoge de hombros.

*Suelves.* Mientras estuvimos en Milan continuaron las mismas escenas. S. M. no podía comer, ni dormir, inquieto por la pérdida de aquella joya, y caviloso por descubrir al ladron de ella. Por el contrario, Boet continuaba consolándole de aquel modo irritante que llevo dicho. El pobre Lorenzo estaba tambien que no sabia lo que le pasaba, temeroso de que S. M. desconfiase de su honradez. Dos dias despues salimos todos para Turin, y Boet no solo estaba muy alegre de alejarse de Milan, sino que por el camino volvió á reanudar la cuestion del robo, y preguntó varias veces si en caso de venderse los diamantes, podrian estos ser reconocidos. Todo esto empezó á infundirme sospechas, porque no tenía en Boet mucha confianza.

Estando en Turin continuó Boet ocupándose del robo, y dió á entender á S. M. que el ladron debía ser alguno del hotel, una camarera, á lo que creo, diciendo que él había observado ciertas cosas que le movian á presumirlo fuertemente. Imaginé S. M. que sería cierto, y le autorizó para que junto con un abogado mejicano que allí había, se hiciesen nuevas declaraciones que iluminasen sobre aquel punto á la justicia. Boet se encerró con Lorenzo y el mejicano en una cámara, porque Lorenzo no sabe hablar español, y allí urdió la tramoya que había pensado contra aquella mujer para descargarse de toda sospecha.

Llegamos á París sin haberse adelantado nada en la averiguacion del verdadero culpable, bien que yo cada dia sospechaba mas de Boet. S. M., la señora duquesa de Madrid, estaba tambien maravillada de que hubiese podido verificarse tal robo. En esto Boet manifestó deseos de volver á Bayona con la excusa de ver á su familia; pero como yo sabia que adolecía de una enfermedad que no le permitía unirse á su esposa...

El público prorrumpe en rumores, y se ven gestos de asco contra el testigo.

*Suelves.* Como Boet se hallaba en aquel estado, naturalmente acabé de sosp char, aunque nada dije. Al dia siguiente comí en casa de S. M., y al levantarnos de la mesa, S. M. la duquesa pasó al salon, y se sentó en un sofá toda pensativa. Yo estaba cerca y me llamó.

—Oye, me dijo. No puedo quitarme de la cabeza ese robo. ¿No sospechas tú de nadie?

—Sí, señora, contesté.

—¿De quién!

Yo vacilé.

—Mi sospecha es tan grave, dije, que no me atrevo á manifestarla.

S. M. el duque, que estaba tambien cerca lo oyó, y acercándose me dijo:

—¿De qué se trata?

—Del robo del Toison, contestó la señora. El vizconde me decía que no se atrevía á decirme de quien sospecha; tan alto es.

—Harto lo comprendo, repuso el duque. El vizconde sospecha como yo de Boet.

—Es cierto, exclamé. No puede ser otro, y me parece que él mismo lo ha demostrado bastante desde Milan.

Acercóse alguna otra persona; se entró en consejo sobre lo que debía hacerse, y despues de examinarse todos los indicios que señalaban al culpable, se acordó no denunciarlo hasta cogerlo con las pruebas en la mano, y á fin de lograrlo, hacerle vigilar por una agencia de policía de París.

Boet salió de esta ciudad para Bayona, seguido por un agente de confianza, y en lugar de ir á hospedarse á su casa, fué á casa de un amigo suyo, á donde iba á verlo su mujer de tarde en tarde. En casa de SS. MM. se recibian frecuentemente noticias de todo lo que hacia, y las sospechas iban confirmándose. De repente S. M. tuvo que salir para Lóndres; yo le acompañé, y estando allí recibimos un parte que decía que la mujer de Boet había vendido en Bayona diamantes del Toison. Ya no cabia duda. Boet era positivamente el ladron, y se había marchado de París para vender mejor los diamantes. Su Majestad dispuso que se denunciara en seguida el

hecho al juez de Milan, y así se hizo sin perder tiempo.

*Presidente.* ¿Quién escribió la carta?

*Suelves.* Yo mismo. Por orden de S. M. tuve que ausertarme de París, y perdí de vista los trabajos de S. M. Estuve en España, y allí supe que el juez de Milan había ordenado el arresto de la esposa y de la suegra de Boet. Al regresar á París supe que Boet estaba escondido; que pedia clemencia y que había devuelto una parte de los diamantes por conducto de su antiguo ayudante Retamero.

Puede decirse que entonces ví casi todo lo que pasó, aunque no me mezclase en muchas cosas. S. M. se inclinaba á perdonar á Boet por lástima á su familia. Pero Boet lo dificultaba, y echaba abajo todas las negociaciones con su mala fé. Al principio no quería devolver los demás diamantes. Al fin tuvo que ceder, y volvió á padir misericordia. Despues se negó á devolver los papeles políticos, y S. M. que ya casi había prometido retirar su denuncia, se vió obligado á suspenderlo. Boet no negaba que fuese ladron. Al contrario, lo reconocía...

*Boet.* ¡Mentiroso cínico!

*Suelves.* En fin, todo se cortó; Boet desapareció, y despues supimos que había reaparecido en Italia y que acusaba á S. M. de haber fingido el robo del Toison. Todos nos indignamos de una estratagema tan vil. Para concluir, diré que el año pasado volví á España por orden de S. M., y estando en Barcelona, leí en *El Diluvio* las cartas que escribía á este periódico su corresponsal de Milan, que había venido á recoger las confidencias de Boet. Toda la gente honrada estaba furiosa de aquella sarta de calumnias y vilezas contra un príncipe tan digno como el duque de Madrid, y se decía en público que cuando Boet hacia esto, señal era que se veía perdido. Tal es lo que yo sé sobre el suceso del Toison.

Terminada la relacion de Suelves, empezó el siguiente interrogatorio entre él y el Presidente.

*Presidente.* ¿Quién guardaba y cómo se guardaba el Toison?

*Testigo.* Lo guardaba Lorenzo, y lo tenía encerrado en un estuche, dentro de una bolsa de viaje; encerraba la bolsa en un mueble, y se ponía todas las llaves en el bolsillo.

*Presidente.* Entonces, ¿cómo ha podido robarlo Boet?

*Testigo.* Lo ignoro. Nadie mejor podrá decirlo que éste mismo.

*Presidente.* ¿Tenía oportunidad?

*Testigo.* Mucha, porque casi siempre estaba en casa escribiendo.

*Presidente.* ¿Por qué sospechó usted en Italia que él era el ladrón?

*Testigo.* Porque durante el viaje observé que cometía muchas indelicadezas. Por ejemplo, una vez pidió 20 francos á un palafranco, y después pidió de parte de S. M. 150 francos á Mr. Foscolo, mintiendo. Además no justificaba los gastos de coche y correspondencia, á pesar de entregársele cada día para esto una buena suma.

*Presidente.* ¿Lorenzo habitaba al lado de Boet?

*Testigo.* Según. En Venecia, sí. En Milan, no. En Venecia todas nuestras habitaciones se comunicaban.

*Presidente.* ¿Lorenzo cerraba también la puerta de su aposento?

*Testigo.* Sí. Pero en Venecia se pasaba de un cuarto á otro por puertas interiores.

*Presidente.* ¿Y en Milan?

*Testigo.* En Milan no. Pero Lorenzo no cerraba la puerta cuando estaba en el hotel.

*Presidente.* ¿Conoce al marqués de Alex?

*Testigo.* Sí.

*Presidente.* ¿Le ha contado algo de su misión á don Carlos cuando le devolvió los diamantes?

*Testigo.* No, porque no me trato con semejante sujeto.

*Presidente.* ¿Es probo Lorenzo?

*Testigo.* Sí, á toda prueba.

*Presidente.* ¿Tiene talento?

*Testigo.* Es un buen hombre de cortos alcances.

*Presidente.* ¿Le han confiado á veces dinero en varias cantidades?

*Testigo.* Sí. Yo una vez le confié 20,000 francos, y un día S. M. le confié durante la guerra 200,000.

*Presidente.* ¿En qué circunstancias de fortuna se hallaba don Carlos durante el viaje á la guerra de Oriente?

*Testigo.* En las mejores. Podía disponer hasta de 300,000 francos con solo girarlo.

*Presidente.* ¿Sabe si llevaba consigo una mujer que le costaba 24,000 francos anuales?

*Testigo.* No lo sé.

El público prorrumpe en murmullos.

Recomiendo al testigo, exclama el Presidente, que ha prometido decir la verdad bajo juramento.

*Presidente.* ¿Había en el hotel de Milan una señora, no española, joven, hermosa?

*Testigo.* No lo sé. Puede ser.

*Presidente.* ¿Ha hablado don Carlos con ella?

*Testigo.* Lo ignoro.

*Presidente.* ¿No lo ha visto usted nunca?

*Testigo.* Nunca.

El Presidente dice: «Que se le enseñe el retrato de la Samoggi.» Obedece el ugiar, y Suelves se da por enterado.

*Presidente.* ¿Ha visto usted esa mujer en alguna parte?

*Testigo.* Sí, en París, en el bosque de Bolonia.

*Presidente.* ¿Pero en Italia no?

*Testigo.* No.

Oyense nuevos rumores.

—Don Carlos, pregunta el Presidente, no se ha hallado nunca en relaciones con semejante mujer?

*Testigo.* Yo no soy espía de S. M.

Los rumores se repiten.

—Boet, dice el Presidente, asegura que don Carlos no fué robado, sino que fingió el robo. ¿Qué dice á esto el testigo?

*Testigo.* Digo que creo mejor que Boet robó, porque no tenía un cuarto y estaba en la miseria, al paso que S. M. era rico.

—Boet, añade el Presidente, alega que don Carlos lo hizo para impedir que su esposa supiese lo que gastaba y se escandalizase.

Suelves responde:

—La augusta esposa de S. M. no sabe nunca lo que S. M. gasta, porque éste no le da cuenta de nada.

—Que le enseñen las contraseñas, dice el Presidente.

El testigo las examina, y dice:

—Todos me parecen de S. M., menos la que dice sin capucha.

*Presidente.* ¿Está usted cierto?

*Testigo.* Cierto, no; pero dudo mucho que S. M. haya escrito esto.

*Presidente.* ¿En Londres recibió don Carlos cartas de Boet?

*Testigo.* No sé, no lo recuerdo, me parece que una, donde creo que le hablaba de política, dándole á entender que existían grandes trabajos, á pesar de ser todo imaginario.

*Presidente.* ¿Por qué al llegar á París se fué Boet á Bayona?

*Testigo.* Para mí, porque era culpable, pues adolecía entonces de una enfermedad vergonzosa que le impedía comunicarse con su esposa.

*Presidente.* ¿Cuánto tiempo hacía que no había visto á su familia?

*Testigo.* Cosa de un año, á lo que me parece.

*Presidente.* ¿Qué fortuna posee don Carlos?

*Testigo.* Sobre unos tres millones de francos.

*Presidente.* ¿Ha oído usted hablar nunca de que diese al Toison el nombre de *As de oros*?

*Testigo.* Nunca.

*Presidente.* ¿Qué historia es esa de la memoria de un abogado mejicano en Turin?

*Testigo.* En esta ciudad hallamos al abogado Fortunio que redactó una memoria ampliativa sobre el robo; Boet decía que el ladrón debía ser el conductor del tren de Venecia á Milan, ó quizá el fotógrafo que retrató en Gratz á S. M., ú otras personas que designaba; pues siempre decía que Italia era el país de los ladrones, y que eran ladrones todos los italianos.

El fiscal toma la palabra y dice:

—¿Tenía estipendio Boet en casa de don Carlos?

*Testigo.* No, señor, porque no lo tiene nadie en casa del príncipe. Este de vez en cuando le daba algún dinero por mero favor.

*Fiscal.* ¿Le dió usted alguna vez dinero de parte del príncipe?

*Testigo.* Sí. En Viena le di una vez mil francos.

*Fiscal.* ¿En qué orden se hallaban colocadas las cámaras que ustedes tenían en Venecia?

*Testigo.* Después de las de S. M., dice Suelves, estaba la mía, luego la de Boet y al lado la de Lorenzo.

*Fiscal.* ¿Qué se hizo de la memoria del abogado

Fortunio, y por qué no se envió al juez de Milan?

*Testigo.* Lo ignoro.

*Fiscal.* ¿Que fué lo del coronel Petrovano con don Carlos en Rumania?

*Testigo.* Una cosa muy honrosa para S. M., como el mismo gran duque Alexis reconoció. Petrovano era una especie de loco, que desafió á S. M. por haberle dado á entender que éste galanteaba á su esposa. Pero habiendo reconocido los padrinos, entre los cuales se hallaba Boet, que S. M. no se había propasado, extendieron un acta declarando no haber lugar al duelo.

*Fiscal.* ¿Tiene la frase *as de oros* una significación resbaladiza en España?

*Testigo.* Un hombre de mis honradas costumbres no se ocupa de averiguar semejantes cosas.

*Fiscal.* ¿Cómo se levantó usted de la mesa el día que almorzaron con el conde Galvani?

*Testigo.* S. M. me hizo una indicación, diciendo que después iría á paseo con éste.

*Fiscal.* ¿Quién estaba presente á la comida de la noche, el día que se averiguó el robo?

*Testigo.* Sólo S. M., yo y Boet.

*Fiscal.* ¿Se habló del robo?

*Testigo.* Mucho.

*Fiscal.* ¿Qué decía Boet?

*Testigo.* Se reía, diciendo que siendo éste un país de ladrones, no era extraño que hubiesen robado el Toison.

*Fiscal.* ¿Por qué Boet no fué como los demás á declarar?

*Testigo.* No sé.

*Fiscal.* ¿No lo sabe?

*Testigo.* No, porque estábamos tan atribulados...

Después de alguna otra pregunta, el fiscal se dá por satisfecho.

Entonces se levanta Ronchetti.

—Pedimos, dice, que conste en el acta que, habiendo enseñado al testigo el retrato de la Samoggi, ha negado terminantemente haberla visto jamás en Italia sola, ni hablando con don Carlos. Responda ahora á algunas preguntas. Ha dicho que al regresar de Oriente á París, estando en casa de don Carlos una noche, se reconoció allí entre don Carlos, su esposa y él, la culpabilidad de Boet.